

LAS CEB: LUGAR (EXPERIENCIA) DE FORMACIÓN PERMANENTE

INTRODUCCIÓN

Los cambios sistemáticos y frecuentes de la realidad, las dificultades que se encuentran en la vivencia del proceso comunitario y la necesidad de seguir cualificando la propuesta de una Iglesia de los pobres, han puesto de relieve la urgencia de fortalecer las experiencias de formación personal y comunitaria, en sus dinámicas locales, diocesanas, regionales y nacionales. En la planeación estratégica 2002/2008, la formación, “se convierte en eje transversal, es decir, está presente en toda la planeación operativa, en las actividades que se realicen para cumplir con nuestros objetivos”¹.

Tomando en cuenta la etimología de la misma palabra, **formación** corresponde a la **acción de formar**, significa **dar forma**. Es el trabajo que la persona y la misma comunidad desempeñan en el darle forma a su “**ser**” y “**quehacer**”. En este sentido, al hablar de **formación cristiana**, estamos expresando el deseo profundo de que nuestras vidas y la vida de las comunidades, tomen la forma de Cristo, el Jesús histórico que nos presentan los Evangelios. Es la experiencia vivida por las primitivas comunidades cristianas que, en medio de muchas dificultades, se fueron formando dejándose acompañar por la presencia del Resucitado.

La formación no es una acción que sólo depende del exterior, de las necesidades o desafíos del momento. Es un trabajo que implica de antemano una decisión personal y comunitaria. Es un proceso que se manifiesta en la opción y en el compromiso cotidiano de querer crecer. También necesita de unas motivaciones profundas que pueden venir de la realidad, de la comunidad o de la misma persona.

Las CEB estamos conscientes que todo proceso de formación, tiene que estar profundamente arraigado en la historia. Tiene que partir de la realidad personal, comunitaria y social, para regresar a ella con el fin de trasformarla. La experiencia de formación tiene que arrancar de la comunidad para fortalecer su vínculo y su articulación, un desafío decisivo para la actividad pastoral y para el camino ecuménico que queremos emprender. El proceso tiene que ser *dinámico, real, concreto y permanente*.

En todo camino de formación, los peligros no faltan. Entre muchos, el de formarse para llegar a ser más eficientes o “especialistas”. El tiempo que nos tomamos para formarnos no es sólo en función de la asimilación de los contenidos, sino también para aprovechar y recuperar, la riqueza que nos viene de las múltiples experiencias que vivimos y compartimos diariamente. “Vivimos una sociedad vertiginosa, entusiasmada ante las nuevas técnicas de comunicación que nos permiten conectarnos en segundos con una multitud de personas a miles de kilómetros de distancia. Pero nos haría mucho bien rescatar (desde nuestra experiencia), esa capacidad de -tomarse su tiempo-, tiempo para amasar relaciones y amores duraderos, tan necesarios para crecer y madurar, tiempo también para contemplar”².

¹ Planeación estratégica 2002-2008, CEB México

² Iglesias de Santiago, *Una mirada sobre la realidad*

No debemos extrañarnos y tampoco maravillarnos, cuando afirmamos que las CEB son el lugar ordinario de formación permanente. Es decir, representan, con su manera de ser, un proceso continuo de aprendizajes que nos permiten avanzar y alcanzar los objetivos que nos hemos propuesto. En ellas se aprende el “difícil arte” de caminar y crecer juntos, de analizar, pensar, programar, evaluar y celebrar desde un espíritu comunitario. Esta dinámica incluye el dejarse formar por el hermano y la hermana que forman e integran la comunidad. Son aprendizajes que conducen a la vida porque nacen de la misma vida.

La centralidad del/la hermano/a como sujeto y destinatario/a de la formación

El sentido de igualdad y el compartir intereses comunes, son algunas de las actitudes básicas e indispensables para la vida de las CEB. En este contexto, la persona se vuelve sujeto de evangelización por medio de la experiencia de vida en comunidad. La misma experiencia es el lugar donde “las personas en su individualidad tienen la posibilidad de decir su palabra, ser acogidas y acoger en nombre propio”³. En la reunión semanal se valoran, como camino de formación, las necesidades fundamentales de cada miembro como la afectividad y la amistad, el diálogo, la comunicación y la escucha, la confrontación, la necesidad de poder expresar y compartir los recursos y capacidades que cada uno tiene; la necesidad de comunicar los sentidos profundos que experimentamos. Muchas veces hemos sacrificado estas experiencias profundas de crecimiento, en aras de la planeación. En algunas ocasiones, las dificultades que encontramos en la programación comunitaria de las actividades y en el compartir las responsabilidades, son la consecuencia de haber sacrificado la dinámica del “encuentro” (aceptación del otro) como momento de formación. El primer testimonio que podemos dar para contrarrestar el avance del individualismo, parte de la realidad globalizada y neoliberal, es el de “ser comunidad”.

En las CEB, todas las personas somos sujetos y destinatarios de la formación. Somos a la vez, maestros y discípulos. Nos formamos juntos por la mediación de las experiencias que vivimos cada día y que compartimos en la comunidad. La formación se da en la palabra compartida, en la dinámica comunitaria, en la reflexión y en la acción. Estas experiencias nos llevan a descubrirnos **compañeros/as de camino**, nos permiten acercar, más fácilmente, horizontes comunes, verdaderos y auténticos. Todo proceso de formación empieza cuando somos capaces de volver a creer en nosotros/as mismos/as, en nuestra capacidad de escuchar, reflexionar y aportar en una dinámica comunitaria.

Siendo las CEB constituidas por una pluralidad de sujetos, la formación brota de la voluntad de establecer relaciones interpersonales constructivas y enriquecedoras. Relaciones habilitadas para ir más allá de un intercambio de conocimientos. Las experiencias vividas, compartidas y retomadas a la luz de la palabra de Jesús, son un contenido privilegiado para la formación.

La metodología, un camino de formación

Desde el encuentro con el hermano y la hermana, en la comunidad, como experiencia de formación, la misma metodología de las CEB, no sólo es parte fundante de su identidad, sino que es en una experiencia de formación permanente. Su vivencia cotidiana y sistemática permite adquirir hábitos que llevan a crecer en profundidad en el estudio de la realidad, en re-pensarla a la luz de la Palabra

³ BOFF, L. *Eclesiogénesis*. Sal Terrae, Santander, 1979, p. 9

y del Magisterio de la Iglesia, y, sobre todo, en la capacidad de programar, evaluar y celebrar juntos nuestro compromiso por la vida. Algunas reflexiones a propósito:

Ver (*dejarse interrogar por la vida*). En una realidad monopolizada por los medios de comunicación masiva, este primer paso, nos forma en la capacidad de realizar un discernimiento continuo e sistemático sobre la realidad. Como hábito, el análisis, nos lleva a un progresivo conocimiento de los escenarios sociales, económicos, políticos y eclesiales. Este ejercicio nos da la posibilidad de avanzar en una gradual adquisición de las herramientas necesarias para alcanzar dicho objetivo. También nos lleva a afinar nuestro esfuerzo de saber leer e interpretar “los signos de los tiempos”, que ésta nos pone como creyentes. En un nivel más relacionado con la formación humana de la comunidad, nos enseña la función de reelaborar comunitariamente, las experiencias que el mismo grupo y sus miembros viven en la multiplicidad de los ámbitos de la vida cotidiana.

Pensar (*dejarse convertir por la Palabra*). La raíz de la fe bíblica reside en la “escucha” (Dt. 6). Es una actividad vital y exigente porque escuchar significa dejarse transformar poco a poco, hasta configurar nuestra vida a la de Jesús que nos llama al compromiso. Nos ponemos a la escucha de la Palabra, no para encontrar respuestas, sino para vivir la presencia y la compañía de Dios en nuestras vidas y tareas. Dios se hace nuestro compañero de camino como lo fue por los discípulos de Emaús. (Lc. 24,13-35)

Repensar el análisis desde la escucha atenta y comunitaria de la “Palabra de Dios” es una invitación clara a seguir formándonos en la habilidad de mejorar nuestra mirada. A saber escuchar lo que realmente Dios quiere decirnos y no lo que nosotros queremos que nos diga. La Palabra escuchada es colocada en el medio de la historia (realidad), para que cumpla con su función profética de anuncio y denuncia. Se transforma en la luz que acompaña a la misma comunidad a entrar en su propia historia. Retomando las palabras de Gustavo G, en las comunidades nos formamos a saber “mirar lejos”, a saber discernir “desde donde” y “hacia donde” apuntar nuestra mirada. El punto de partida son el mensaje de Jesús de Nazaret y los/as pobres que son la revelación específica de su presencia en medio de nosotros/as.

Actuar (*comprometerse en acciones de justicia*). Los miembros que integran las comunidades, viven cotidianamente la difícil tarea de confrontarse para lograr acuerdos y consensos comunes. Se van formando en la cultura de la solidaridad como la capacidad de ser responsables. Como subraya la Sollicitudo Rei Socialis, “Esta no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la *determinación firme y perseverante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”⁴. Desde la vivencia de la solidaridad, es importante poder orientar la praxis comunitaria y personal hacia acciones concretas, fundamentadas en los pasos anteriores. Retomando la exhortación de la Catechesi Tradendae, no podemos separar la acción de la reflexión, “unas convicciones firmes y reflexivas llevan a una acción valiente y segura”⁵. La comunidad debe tomar las decisiones convenientes para poder operar los cambios necesarios y útiles en el campo político, social y económico⁶. El actuar no quiere ser un sentimiento de vaga compasión, el bien común se alcanza por medio de la transformación de las estructuras sociales injusta. Transformaciones que empiezan desde cada uno/a. Aquí vamos formándonos en la difícil tarea de crear una coherencia pastoral entre nuestra reflexión y nuestra práctica.

⁴ Sollicitudo Rei Socialis, n. 38

⁵ Catechesi Tradendae, n.22

⁶ Octogesima Adveniens n.4

Evaluar (*vivir una experiencia de crecimiento*). En esta dinámica, los miembros de la comunidad se encuentran con la posibilidad real y concreta de crecer. Es el momento de saber reconocer los aciertos y desaciertos del proceso. Es la persistencia de seguir creciendo en la coherencia entre lo que somos y lo que hacemos; entre los objetivos que queremos alcanzar y la metodología que usamos. No siempre es fácil reconocer, aceptar y corregir los propios errores, pero es la única manera para encontrar los mecanismos adecuados y así poder avanzar. Hace tiempo J. Cardijn⁷ escribía “el ejercicio de la evaluación no es un salón donde hay un profesor y unos estudiantes; no es una reunión donde habla el especialista y los demás escuchan. La evaluación es un verdadero laboratorio donde todos hacen sus observaciones, transmiten sus ideas, comunican sus apreciaciones, sus convicciones y su entusiasmo”. Una verdadera experiencia de formación.

Celebrar (*Fortalecer el sentido de la fiesta y de la esperanza*). Es el momento en que la comunidad celebra la comunión en la Iglesia, la esperanza y la presencia de “Dios que libera” en la historia. “En la búsqueda de cómo unir más la fe y la vida concreta, las CEBs dan mucha importancia a los signos y símbolos litúrgicos. En sus celebraciones eucarísticas aprenden (experiencia de formación) a dar vitalidad y actualidad a gestos, a signos y símbolos de la tradición, como la cruz, la Biblia y los signos sacramentales, como también valoran símbolos de la realidad de nuestras culturas, como la tierra, el agua, el fuego, flores y alimentos”⁸. Ante una realidad muchas veces marcada por la muerte, las celebraciones fortalecen la experiencia espiritual que dinamiza su compromiso por la vida. El celebrar nos forma a saber resistir frente a los procesos deshumanizantes. Nos ayudan a vivir con alegría desbordante la fe en el Dios de la vida que nos mantiene unidos y nos hace solidarios.

Desde esta perspectiva, la metodología de las CEB, se transforma en un espacio real y concreto de formación y de crecimiento. Un tiempo donde vamos aprendiendo a saber recoger los valores y las riquezas de cada uno/a, generando más confianza entre los miembros de la comunidad y así seguir trabajando más en “común-unió”. Es un lugar que nos permite crecer como personas “abiertas” y “flexibles” por medio del diálogo, una actitud indispensable para poder discernir la presencia de Dios en la historia. Un diálogo capaz de generar vida, en el respeto de las personas.

Retomando las palabras de José Marins, podemos afirmar que “esa metodología desarrolla una participación corresponsable y propicia, la formación de una conciencia crítica de la comunidad particularmente en relación a su vida y misión”⁹. La vivencia comunitaria nos forma a salir continuamente de nuestros lenguajes personales, para asumir un lenguaje comunitario. Nos forma a saber descubrir la presencia del espíritu de Jesús que actúa continuamente, “donde” y “como quiere”.

Dejarnos formar por los/as pobres.

Cuando afirmamos que las CEB son un lugar privilegiado para la formación de sus integrantes, no queremos descuidar que en este proceso hay un sujeto privilegiado: los/as pobres. No nos referimos a estadísticas o números que, de alguna manera, nos preocupan y ocupan de diferentes maneras, más bien a rostros concretos con los cuales nos topamos diariamente en las CEB y no sólo. En este

⁷ Joseph. Cardijn, *promotor de la JOC (Juventud Obrera Cristiana)*

⁸ Marcelo Barros, *la cena de la vida, eucaristía en las comunidades eclesiales de base en América Latina*, Servicios Koinonía

⁹ José Marins, *El presente de las comunidades eclesiales de base*.

sentido, queremos subrayar algunos aspectos en los cuales los/as pobres son nuestros maestros/as, sin tener la pretensión de ser exhaustivo:

En la dinámica comunitaria del ver, los/as pobres nos quitan las vendas de los ojos y nos ayudan a leer la realidad con más claridad y autenticidad. Analizar los escenarios sociales, políticos económicos y eclesiales desde su punto de vista, es una invitación a desenmascarar las estructuras injustas y excluyentes de las mayorías. Nos ayudan a fortalecer el profetismo frente a los sistemas que oprimen.

Desde el lugar histórico de los/as pobres, nos acercamos a la lectura de la Biblia con ojos nuevos. Descubrimos que la Palabra de Dios no es neutral. Ellos/as, son el Evangelio que se hace carne, el Reino de Dios que se hace historia.

En la tarea de programar y planear, nos ayudan a ser más realistas y así tener una mirada más esperanzadora hacia el futuro. Los/as pobres nos forman a salir de nuestras acciones pastorales paternalistas, para repensar la caridad en clave justicia. *“Cuando doy de comer a los pobres dicen que soy un santo, cuando después me pregunto del por qué de su pobreza, dicen que soy un comunista”*. (H. Cámara)

En las celebraciones descubrimos el sentido religioso profundo que ellos/as manifiestan y que siempre está presente a pesar de las difíciles condiciones en las cuales viven y los problemas a los cuales se enfrentan diariamente. Un sentido religioso que tiene sabor a fiesta y que está empapado de esperanza.

Además los/as pobres nos forman:

en la capacidad de seguir haciendo opciones (estilos de vida) reales a favor de la vida. Nos sitúan en las fronteras de la historia, donde Dios hace su morada.

a ser coherentes en nuestro lenguaje. No tanto en saber colocar las palabras una tras de otra, correctamente, sino a comprometerse para que las palabras que pronunciamos, sea respaldadas por nuestras acciones y planes pastorales.

a ser fieles porque son el lugar ordinario donde vivimos nuestra fidelidad a Jesús de Nazaret.

a crecer en un espíritu auténtico de fraternidad y de solidaridad

Con los/as pobres, en las CEB, vamos al encuentro de todos/as. Caminamos hacia la “tierra prometida”, entendida como una sociedad más cercana al proyecto del Reino de Dios. De ellos/as nunca acabaremos de aprender, siempre seguirán formándonos porque poseedores y portadores de valores humanos muy profundos y, sobre todo, muy evangélicos. Desde las experiencias vividas, podemos repetirnos aquellas palabras que ponen a temblar a los poderosos: *“Te agradezco o Padre porque has revelado estas cosas a los sencillos y humildes”*. (Lucas 10,21)

CONCLUSIÓN

Contrariamente a la apuesta del proyecto económico neoliberal, donde las personas están al servicio de los intereses del mercado, en las CEB, creemos que éstas, reunidas en comunidad, son el sujeto de transformación social y eclesial. Creemos que los/as pobres (la pobreza) no son un problema, sino una posibilidad de cambio, capaces de formar (dar forma) de manera diferente a la Iglesia.

En las CEB nos formamos para “caminar juntos”. Es el deseo de trabajar en colaboración con los demás. Todos participan en las actividades de la comunidad generando símbolos y elementos de identidad y de pertenencia. Los mismos elementos que dieron identidad a las primeras comunidades cristianas. (Hechos 2, 42).

Las CEB forman y, al mismo tiempo, se dan forma, se dejan plasmar no tanto como una experiencia transitoria o fugaz, sino como una realidad indispensable en la perspectiva de la nueva evangelización. Es el eterno propósito de buscar su “forma” auténtica y actualizada. La formación que las CEB viven, no es sólo principalmente la de actualizar los medios o las herramientas para renovarse y así ser contemporáneas a la realidad que estamos viviendo. Es la formación entendida como el desarrollo (proceso de crecimiento), de todas las estructuras y las dimensiones de la comunidad hasta su realización integral como un nuevo modelo de Iglesia. El ser fieles a este proceso de formación, nos puede llevar a crear y tomar “nuevas formas” (estructuras nacionales o locales) en la realización de nuestros objetivos, sin perder de vista nuestra historia y, sobre todo, nuestra memoria.

Los factores que aquí entran en juego son múltiples y tienen que ver no sólo con la complejidad de la realidad, sino con la realidad misma de la persona: *intereses, capacidades, valores, la imagen que cada uno tiene de sí mismo/a (autoestima), lo que nos mueve (motivación), la capacidad de saber utilizar los recursos propios y conectarlos con los recursos de los demás, el camino recorrido*, etc. Por eso es importante que cada comunidad, al darse forma, sea acompañada por personas con una experiencia profunda humana/comunitaria y cristiana. En todo este proceso no está de sobra remarcar que el papel de los/as animadores/as locales y nacionales es muy relevante.

Quiero concluir retomando las palabras de Juan Pablo II en la RM 51, “las CEB están dando prueba positiva como **centros de formación cristiana** y de irradiación misionera”. Además, con su vitalidad, siguen promoviendo “dentro del pueblo de los pobres, a través de la formación de la conciencia, de la educación popular y del desarrollo de los valores éticos y culturales, un servicio liberador, asumidos en su misión específica, evangelizadora, profética y pastoral”¹⁰.

¹⁰ Documento del IV Congreso de Teología del Tercer Mundo, N.22. Perspectivas